

Introducción: El carlismo en Falange Española Tradicionalista ¿una ilusión?

El 19 de abril de 1937 nació, por voluntad de Francisco Franco, un nuevo partido, que aspiraba a cohesionar las distintas fuerzas políticas que habían prestado su apoyo al levantamiento del 18 de julio. Sin embargo, la novedad de esta formación política y su carácter fundacional eran ciertamente ficticios, como lo fue también su pretensión de integrar en pie de igualdad a las dos formaciones políticas que más milicias habían aportado al esfuerzo bélico: el falangismo y el tradicionalismo. Esta nueva entidad política, bautizada como Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (FET y de las JONS), tomaba su organización, estructura y programa del falangismo de preguerra, provocando con ello el resentimiento de muchos carlistas, que ya en 1937 se quejaban de que la representación y participación de la Comunión Tradicionalista en el régimen hubiera quedado relegada a la mera presencia de la letra T en una denominación compleja y de signo totalitario¹. A partir de ahí, las tensiones entre carlistas y falangistas se sucedieron dentro del partido único, sobre todo a raíz del proceso de integración de efectivos y servicios en su seno. Pero la tensión no era nueva, ya había estado presente en meses anteriores, durante las fallidas conversaciones entre representantes carlistas y falangistas, que pretendían unir fuerzas antes de que la unión les fuera impuesta desde arriba.

No obstante, a pesar de que este hecho ha sido señalado por los historiadores que han dedicado su carrera al estudio del franquismo,

no se han elaborado todavía estudios que evalúen de qué modo y con qué herramientas se forzó la integración del carlismo en FET y de las JONS. Son muchos los estudios dedicados a la disidencia carlista², a la oposición monárquica³ e incluso, en los últimos tiempos, a la colaboración con el régimen –*El nuevo rumbo político del carlismo hacia la colaboración con el régimen (1955-56)*⁴–, pero hay pocos estudios que evalúen específicamente la relación entre falangismo y carlismo dentro del Movimiento Nacional.

En este sentido, todos los historiadores que han tratado la historia de estos dos fenómenos socio-culturales, no han dudado en detenerse, siquiera brevemente, en acontecimientos clave como la participación de carlistas y falangistas en la guerra⁵, la Unificación de 1937 y las fallidas negociaciones que la precedieron, la reacción al decreto, la organización del carlismo antes y después de la Unificación⁶, las tensiones y conflictos entre ambas formaciones⁷ o el carlosoctavismo. También existen interesantes trabajos sobre la tensa relación entre Falange y Requeté, pero todos ellos se han realizado desde una perspectiva regional⁸, por lo que no hay todavía ningún estudio que aborde, específicamente, el proceso de integración del carlismo en FET y de las JONS desde una perspectiva nacional, y partiendo del conocimiento de las medidas y órdenes establecidas por el régimen.

Si como dice Aurora Villanueva, “la nueva etapa que se abría con el decreto de unificación de 19 de abril de 1937 no tenía parangón con ninguna de las hasta entonces vividas por el carlismo; [ya que] no existían ni antecedentes ni modelos organizativos para enfrentar la situación de desaparición legal como partido político que suponía su integración, con todos sus elementos y organizaciones, en FET y de las JONS”⁹, resulta necesario plantearse cómo se llevó a cabo el mismo proceso de la integración, estudiándolo no sólo desde el rechazo, sino también desde la colaboración. Si el carlismo es mucho más que un fenómeno político¹⁰, que un movimiento reaccionario, que una ideología; si al hablar de carlismo debemos considerar su carácter cultural, la transmisión de una mentalidad, la transmisión generacional de la tradición y el mismo sentimiento de pertenencia y arraigo que caracteriza a los carlistas¹¹, pertenezcan al mellismo, al integrista, al carlosoctavismo, etc..., no podemos desestimar el estudio de la masa de carlistas que en un principio aceptó la unificación, ya que si bien de-

jaron de estar sujetos a la disciplina de la Compañía Tradicionalista, como bien ha apuntado Martin Blinkhorn, no dejaron nunca de considerarse “carlistas patrióticos auténticos”¹².

Jordi Canal ha esbozado, precisamente, los elementos que hicieron posible esta actitud en el seno del carlismo, como fueron la adaptabilidad política, la inconcreción programática y su carácter amalgamático¹³. Al fin y al cabo, como ha señalado Villanueva, el franquismo generó lealtades dobles o contradictorias¹⁴, creando lo que Blinkhorn ha descrito como “un sistema de relaciones altamente complicado, caracterizado por grados variables de colaboración, autoafirmación y abierta oposición”¹⁵.

Dentro de un panorama tan complejo, las rencillas y quejas fueron una tónica constante, que respondía al deseo evidente de imponerse a un falangismo que no sólo llegó a copar la mayor parte de las jefaturas provinciales y de los puestos directivos¹⁶, como explicamos en el presente estudio, sino que se aproximaba cada vez más a los regímenes nazi-fascistas tan ajenos, según el tradicionalismo, al verdadero ser de España. De hecho, la ruptura de muchos carlistas con el partido único no fue inmediata. Por ello, lo que planteamos es un análisis de las relaciones entre falangismo y carlismo, especialmente centrado en el análisis del proceso de integración abierto por el decreto de Unificación y en el análisis de la conflictividad y las tensiones a las que dio lugar, con el objetivo de facilitar, siquiera mínimamente, una mejor comprensión de dos fenómenos históricos tan complejos como el falangismo y el carlismo y, por supuesto, de aquel ente heterogéneo que era el partido único del régimen de Franco.